Vida cotidiana

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Para Alfredo, La Yuya, La Pety, Juan José y todos los demás.

Qué remedio me queda. Después de ver tantísimos reportajes y entrevistas sobre el 68, y siendo treinta años los que se cumplen hoy, qué otra cosa puedo hacer. Si es uno de mis temas favoritos.

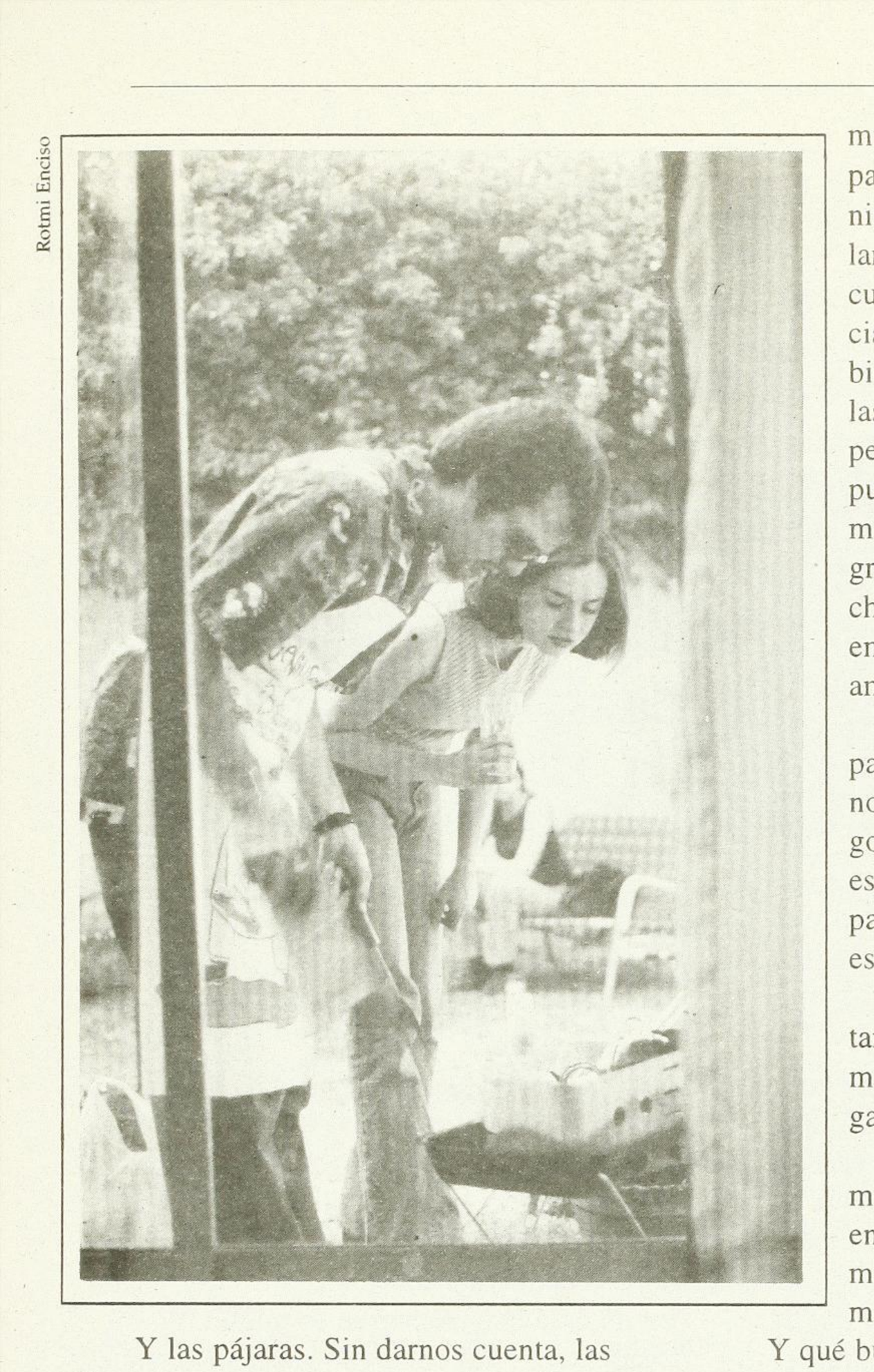
Estas últimas semanas estuvimos viendo en la tele muchísimos programas sobre el tema. Los mejores fueron los del Canal 11. Cómo me gustaron las palabras de algunos comentaristas, lúcidos, cincuentones, inteligentes: González de Alba, Roger Bartra, Marta Lamas, Amalia García, Patricia Morales, Monsiváis. Sobre todo Monsiváis.

Mi primer marido y yo, después de oír alguna docta opinión de los sabios anteriores, nos mirábamos y decíamos: "¡Claro! Porque nosotros éramos.... porque yo me acuerdo que.... porque en aquella época...." Total, que todo el tiempo interrumpíamos, y nos soltábamos como hilos de media y comenzábamos a darles explicaciones a mis hijos. Ellos nomás nos veían con cara de resignación.

Porque cuántas veces no habremos platicado de esto. Y sin embargo, siguen surgiendo descubrimientos, reflexiones, asombros. Al pasar treinta años, qué diferentes se ven las cosas. Y cómo, en su momento, al vivir los sucesos tan intensamente, no veíamos lo que podemos ver ahora con tanta claridad. Pues sí: tenemos treinta años más.

Me sigue sorprendiendo la mención que se hizo del "autoritarismo". México en los sesentas era todavía el reino absoluto del Padre y su Patriarcado. Los padres de familia, los maestros, el Señor Presidente de la República, eran realmente los que mandaban sin discusión. "Y te callas, porque soy tu padre". En 1968 surgió un nuevo personaje histórico: El Hijo Desobediente. Fue la primera vez que los jóvenes -hijos, alumnos, ciudadanos- se atrevían a cuestionar la autoridad de sus mayores. Se inició un cambio realmente profundo en nuestra cultura. Por eso nos echaron al ejército y nos persiguieron y nos reprimieron y nos mataron. Se habían tomado en serio el refrán: los pájaros se habían atrevido a tirarle a las escopetas.

Rotmi Enciso



Rotmi Enciso

Y las pájaras. Sin darnos cuenta, las mujeres empezamos a ser de otro modo. Porque antes de esta época, los roles, los espacios, las conductas de las mujeres estaban perfectamente estereotipadas. Claro: también estaban así los hombres. La universidad de esa época nos empezó a permitir ser iguales, o sea, diferentes. Ya no estábamos en colegios de monjas de puras niñas ni usábamos uniforme. Ya estábamos revueltos en el aula de nivel superior y mixto. Se empezaron a acabar las fiestas ésas donde las muchachas se sentaban todas juntas, peinadas con bastante laca, esperando a que las sacaran a bailar los galanes mientras éstos, vestidos de traje, tímidos, asustados, tomaban cubas o jaiboles, amontonados en un rincón, en lo que se decidían y escogían.

En vez de eso, chavos y chavas empezamos a ser *amigos*. Compañeros. Camaradas. Empezamos a dialogar. Hacíamos reuniones donde bebíamos y cantábamos, pero sobre todo platicábamos. Inventamos un nuevo lenguaje, nos alivianábamos y nos maestreábamos y éramos buenísima onda. Al mismo tiempo se empezó a crear algo parecido a la moda *unisex*. Ellos se feminizaron de alguna manera, con sus pelos largos y sus camisas de colores, con su cuestionamiento a la guerra y a la violencia y a todas las tiranías. Nosotras también nos masculinizamos: nos quitamos las crinolinas, nos lavamos la cara y el pelo y nos enfundamos unos *jeans*. Nos pusimos a leer el periódico y nos atrevimos a opinar y a reflexionar y a decir groserías enfrente de ellos y con ellos. Y chavos y chavas, ellos y ellas, nosotros, empezamos a inventar otra clase de amor.

No fue tan fácil ni tan rápido. Han pasado treinta años y ese proceso todavía no se acaba de cumplir. ¿Ya somos amigos? ¿Ya somos pareja, que sabe que no está sola? ¿Pudimos ser realmente compañeros? ¿Ya nos salimos de los estereotipos?

Y, sobre todo, ¿ya no hay autoritarismo? ¿Ya pensamos por nosotros mismos? ¿Ya dejamos de obedecer ciegamente al padre, macho, varón?

Yo me acuerdo que en esa época me costaba mucho trabajo. No participé en el movimiento político, no fui a las marchas, no estuve en Tlatelolco simplemente porque no me dejaron mis papás. Y qué bueno, porque me daba mucho miedo.

Recuerdo algunas asambleas. El tono era violento. Y grosero. Una vez callaron a dos profesores que pretendían echar un rollo tipo miren muchachos, no sean irreflexivos, pórtense bien, estudien, etcétera, y entre insultos y gritos los corrieron del salón. Yo sentí horrible. Me dolió el estómago, me asusté mucho.

Y me sigo asustando. Yo creo que mi respeto-miedo a la autoridad no se me ha acabado de quitar. Ya es menor; ya es más razonado e inteligente, pero todavía quedan restos. Todavía se me aparece frente a los doctores, por ejemplo. O frente a los que considero grandes maestros, grandes artistas, grandes poderosos. Ponme a un señor de mediana edad, con canas, de traje y corbata, con lentes, seguro de sí mismo y que hable fuerte y bien, y me verás tartamudear y tambalearse toda mi autoestima. Es más: pónme enfrente a una señora con esas mismas características, y también. La pájara rebelde y sesentayochoera no le tira a la escopeta: a veces es gorrioncito asus-

tado y tembloroso que sólo quiere irse a esconder. O que mejor se calla y obedece.

¿En qué nos fuimos convirtiendo? Como traíamos el autoritarismo tan metido en el corazón, nosotros fuimos también autoritarios. Éramos inflexibles, dogmáticos, rígidos, implacables, como todos los jóvenes. Pero como además habíamos sido jóvenes católicos, se nos quedó adentro el ojo triangular de Dios Padre y el Catecismo de Ripalda. Cambiamos algunas palabras, las sustituimos por marxismo, socialismo, psicoanálisis, feminismo, ecologismo, y por algunos años la estructura se conservó aunque cambiaran los contenidos. Decretábamos lo que está bien, lo que está mal. Lo que debes hacer y lo que no.

Francisco Antúnez

Lo bueno es que no nos quedamos así. Finalmente renunciamos a todos los catecismos y a todas las inquisiciones. Hoy sabemos que el peligro está en ser dogmáticos. Tuvimos que ir aprendiendo a desarmar las verdades únicas y absolutas que estaban dentro y fuera de nuestras mentes y de nuestros corazones. Tal vez eso sea la mejor herencia del espíritu del 68.

Hoy, fiel a mi juventud, conservo mi parte solidaria, rebelde, crítica, desobediente y escéptica. Me siguen repugnando los mandatos arbitrarios y las obligaciones que se me pretendan imponer y la uniformidad.

Por eso me choca la persecución-religión actual de la vida sana, ejercitada y esbelta. Por eso odio las obligatorias dietas y los puritanos y purificantes licuados de nopal en ayunas y la satanización de la pobre y dulcísima azúcar junto a su hermano el colesterol y sus primos los apestados cigarros. Odio todas las modas, ésas que aborregan y uniforman; odio a los ecologistas culpígenos, que me regañan porque uso la manguera o porque no separo la basura. Odio los comerciales de la televisión, que celebran las peores pasiones humanas y banalizan todo; sigo odiando a los machos prepotentes, al consumismo, a la gente racista, a los millonarios, a los burócratas, a los granaderos. Odio a los violadores. Odio la globalización del mundo. Odio a Carlos Cuauhtémoc Sánchez y a Miguel Angel Cornejo. Odio ...

Ay Dios, ¿dónde está el avance? Sigo siendo implacable, sigo siendo yo también perseguidora. Parece que traigo mi propio Díaz Ordaz interior. Aunque, bueno, tal vez cada vez menos. En mi casa mis hijos me pueden decir: mira, jefa, no mames, y no les rompo la cara. En mi casa el comedor no es iglesia. En mi casa, a veces, las camas se quedan sin tender. Por otro lado, ya no odio a mis papás. Ya no desprecio a las amas de casa. Ya no critico tanto, tanto, a las que se operan la cara o se pintan las canas o a las que no pueden vivir sin pareja o las que dicen, ay, yo no soy feminista. Ya puedo tolerar a algunos contadores públicos o a los viejitos y viejitas o a la gente que dejó de fumar o a los que les gusta el futbol o los que usan flores de Bach o a los que oyen a Manzanero o a los que huelen a sudor o a los que tienen faltas de ortografía.

Hoy, en 1998, ya puedo sentir compasión y/o simpatía y/o admiración y/o indiferencia por las personas que no son como yo. Hoy, en mi lenguaje y en el lenguaje de México, aparecen cada vez más palabras como *pluralismo, diálogo, tolerancia, respeto, derechos humanos, relatividad, democracia.* Yo creo que ganamos. Yo creo que, aunque el proceso no ha terminado todavía, los que fuimos jóvenes en 68 sí cambiamos el mundo. Y lo vamos a seguir intentando, aunque seamos de la momiza, mientras Dios nos preste vida.